

## **El mito del cerebro creador. Cuerpo, conducta y cultura.**

Marino Pérez Álvarez.

Alianza Editorial, 2011, 240 páginas.

A la hora de hablar de escepticismo todos tenemos más o menos claros los temas que vamos a poner sobre la mesa: homeopatía, cristales curativos, astrología, cienciología... Muchas veces damos por supuestas, o como verdades científicas, ciertas tendencias (modas) culturales que a raíz de las circunstancias del momento marcan el avance de la ciencia y de la filosofía de la ciencia. No es posible negar la parte filosófica de la ciencia. Como decía el filósofo y psiquiatra Karl Jaspers: "No hay escape de la filosofía, la cuestión es solamente si es buena o mala. Quien rechaza la filosofía está él mismo, inconscientemente, practicando filosofía". Y la filosofía que acompaña al avance de la corriente predominante en la neurociencia actual es algo oscura, imprecisa...

Es bien sabido que este avance está sujeto a los intereses de algunos y que, como si de una religión se tratase, siempre tendrá acólitos que se crearán todo lo que se les diga. Así, y contemplando la necesidad de muchas personas por conocer (crear) en una causa para todo, se adhieren al dogma del "cerebrocentrismo", cuya única herramienta de estudio se basa en las neuroimágenes, grandes precursoras y sustentadoras de este movimiento. Los interesados se valen de esto porque, igual que al psicoanálisis, intentan explicarlo todo (y nada al mismo tiempo).

El doctor en psicología y catedrático de la Universidad de Oviedo Marino Pérez Álvarez consigue con su obra "El mito del cerebro creador" (2011) poner sobre la mesa un tema de gran trascendencia tanto en el ámbito científico como en el popular. La cultura del cerebro como hacedor de todo está tan arraigada en nuestra sociedad que ya apenas nadie se cuestiona qué otra cosa más que su cerebro sea el que construye su vida. Actividades que antes eran atribuidas a las personas, a los individuos, quedan hoy reducidas a un amasijo de conexiones electroquímicas y localizaciones anatómicas.

Asimismo, y coincidiendo con el individualismo predominante en la sociedad actual, no es de extrañar lo fácil que nos resulta ahora achacar los "problemas" de la sociedad a un algo externo a nosotros, desresponsabilizando al individuo totalmente de sus propios actos que, por definición, ya no son suyos sino de su cerebro, en tanto que él mismo no es suyo, sino de su cerebro.

Donde antes oíamos: "Yo soy yo y mis circunstancias", se traduce hoy en "yo soy mi cerebro" o "mi cerebro me creó a mí". Nótese de qué manera se cae en un dualismo con tanta ligereza, ese mismo dualismo del que la corriente fisiologicista se jacta de superar. Escapando de la trampa del Teatro Cartesiano, caen en ella, ya que ellos mismos se consideran monistas materialistas.

Para librarnos de caer en el monismo o dualismo, en el libro se ofrece una alternativa: el materialismo filosófico,

hablando de esta manera de 3 realidades que no se pueden reducir a una de ellas sino que conviven unos con otras; de tal manera que encontraríamos el mundo físico, el mundo de la conducta y el mundo de la cultura, esos 3 pilares que lo construyen todo.

En este sentido, esto tiene agarre porque, según se cita en el libro "Si de la única herramienta de la que disponemos es un martillo, una infinidad de objetos adquirirán el valor de clavo" (Abraham Maslow). Parece que vemos una ventana abierta al cerebro y pensamos que podemos observar todas sus habitaciones desde ella. Es como si pretendiésemos entender toda la música por el mero hecho de conocer los componentes del instrumento que suena.

Por todo esto, no se debería de afirmar algo tan rotundamente (como por ejemplo que el cerebro lo sea todo) cuando, en realidad, no se sabe prácticamente nada. Con la información que nos ofrece este libro, su autor pretende arrojar algo de luz y reflexión crítica sobre la que quizá sea la mayor corriente de pensamiento que guía el avance de la neurociencia hoy en día, porque "no es neuro-oro todo lo que reluce".

Manuel Vacas y Laura Llames.

## **¿Debemos tolerarlo todo?**

Tejedor de la Iglesia, César y Enrique Bonete.

Desclée de Brouwer, 2006, 168 páginas.

Quienes defendemos el pensamiento crítico, en más de una ocasión, nos hemos visto envueltos en algún debate venido a diálogo de besugos y que llega a un punto en el que, después de escuchar las más disparatas teorías acerca de abducciones, conspiraciones o terapias alternativas, cuando se nos ocurre pedir pruebas o argumentos de tales dislates, nuestro interlocutor abandona el debate con un: "¡Eres un intolerante que no respeta las opiniones de los demás!". Exigir argumentos y pruebas de las opiniones ajenas ha acabado por ser, en nuestros días, un signo de intolerancia. Pedir a un creacionista que nos dé pruebas de cómo podían vivir las plantas creadas al tercer día si Dios no creó el sol hasta el cuarto, o a un acupuntor acerca de qué forma puede observarse, medirse o simplemente comprobarse que existe el "chi" o "ki", le convierte a uno automáticamente en intolerante (cuando no directamente en fascista). La tolerancia y el respeto se entienden como la aceptación acrítica y sin respuesta a las opiniones de los otros, practicando una suerte de igualitarismo de ideas en el que toda idea, por absurda que parezca, adquiere el mismo valor que cualquier otra, independientemente de las pruebas, argumentos o razonamientos de cada una. La simple crítica o incluso la mera burla hacia ideas de otros no solo está mal vista o es políticamente incorrecta, sino que puede ser respondida con violencia: ejemplos son los atentados sufridos por Leo Bassi por sus obras teatrales críticas con el cristianismo o la reacción islámica ante las caricaturas de Mahoma.